

EL PENSAMIENTO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DESARROLLO DEL ESCEPTICISMO.

El pueblo hebreo ha muerto, el soplo de Dios lo ha aniquilado y ha esparcido sus escombros por la tierra; la Grecia se ha desgarrado con sus propias manos; Roma se ha hundido bajo el peso de su inmensa gloria; los bárbaros han arrastrado su manto por el polvo y roto su corona en mil pedazos; cien generaciones se han sucedido las unas á las otras, y el estruendo de las armas no deja percibir el murmullo de la ciencia.

El cristianismo ha regenerado la sociedad que caduca y egoísta caminaba á su sepulcro, y ha revelado al hombre nuevos horizontes en la ciencia.

La cuestion propuesta por Job y discutida por Prometeo, parece ha quedado sepultada entre las ruinas de lo pasado: la edad media llega, el espíritu humano lucha sin tregua ni descanso por escapar del círculo de hierro que le oprime, y quiere con su vista atravesar las tinieblas que le cercan.

La fé sagrada que infundiera el cristianismo se mezcla y amalgama con la supersticion que produce la ignorancia, y entre las góticas catedrales y acompañando al tañido de sus campanas vuelve á surgir con nueva fuerza el problema que atormentára á Job.

Shakespeare es el génio que rescita una cuestion que dormia en el corazón de la humanidad absorta y admirada con los profundos trastornos que sufriera; filósofo y poeta, crea el Hamlet, hermoso florón de la literatura y faro luminoso que nos muestra la marcha progresiva del hombre por el dilatado campo de la filosofía.

El fondo es uno mismo en el Hamlet que en el Job y el Prometeo, las formas solo varían;

no hay patriarcas, ni titanes, ni cadenas forjadas por los dioses; pero en cambio encontraremos feudales castillos, que sombríos y terribles amenazan cual sombras gigantescas á la humanidad, católicos cementerios, tristes y melancólicos cual los copudos sauces; que en su recinto lloran, góticas catedrales, cuyas blancas y aromáticas nubes de incienso, y cuyos rústicos coros de sacerdotes acompañados de los dulces y melodiosos acentos de sus órganos, hacen descender á nuestra mente la idea de la divinidad y subir á nuestros lábios una oracion de amor y de esperanza.

Los tres poemas tienen de comun una religion poderosa, el justo que padece, el malvado que triunfa y la voz interior de la conciencia que se levanta para hacer la misma pregunta que dirigiera Job, el mismo pensamiento que tuviera Prometeo, *¿Maduajrschajim yihhhyu jathqu gam gabhru hhyat? «Eleuterogar outis esti plen Dios.»* También ahora esa pregunta encuentra su respuesta, ese pensamiento su solucion; pero no es el dolor ni la violencia, ni la desesperacion de la antigüedad, sino la risa y el sarcasmo del escepticismo moderno que se divisa á lo lejos.

Hamlet muerto para la esperanza, sin fiarse de las personas y dudando de sus sentidos, vive para la venganza; profeta de la impiedad en la edad media vaga perdido por la fé de sus mayores; vacila entre la razon y la locura, piensa y delira, á un mismo tiempo, y si su vida no acabára en una orgia, concluiría por perder la inteligencia.

El drama que aqui se representa es mas aterrador que el de Job y Prometeo; la naturaleza tan viva para estos, ha muerto para aquel. Job duda, Prometeo blasfema, Hamlet niega.

Fantasma errante por las ruinas de la inteligencia humana, cierra sus ojos al porvenir, su corazón al sentimiento y su alma á la divinidad. Fiel imagen de la edad media, es jóven en la

apariencia y su corazón ha envejecido, las pasiones se lo dividen, y el espectro de la venganza que le sigue, agosta con abrasador aliento su razón, que duda, que vacila y muere.

Rodeado de seres á cual mas pervertidos, no encuentra un asilo donde depositar sus sentimientos, la amistad no existe para él, y el amor que un tiempo experimentara no basta á detener la marcha progresiva de su razón por el doloroso camino del escepticismo. Logra su venganza, y sin lazo alguno que le una á la vida, es un cadáver yerto que vaga perdido por un ancho cementerio.

Muere, y este debe ser el único momento de alegría que su alma esceptica disfrute; entonces según él, vá á reposar eternamente en el misterioso y dulce lecho de la nada.

Nuestro pecho se oprime dolorosamente al contemplar un desenlace tan aterrador como el que nos presenta Hamlet, y apenas podemos darnos cuenta de como la edad media ha podido producir una obra que tanto dista de su época.

Examinemos ahora el escepticismo en la muestra y veremos cuán diferente solución adopta.

Corría el año 1788, y la Europa admirada contemplaba la obra audaz y colosal de un hombre que traducía fielmente para el mundo todo el escepticismo que su época respiraba; este géneo gigante que pretendía colocarse á la misma altura que Shakespeare, Esquilo y Job, era Goethe, y la sociedad entera le hizo justicia premiando sus obras y su talento con los mas distinguidos honores y con el mas alto aprecio.

El Fausto, página de orgullo y de miseria, arrancada al gran libro de la humanidad, será perpétuamente el monumento que hollarán las sucesivas generaciones para conocer nuestro estado, nuestro saber, nuestro destino.

Fausto, representación exacta y fiel del saber humano en nuestros tiempos, busca con afán el secreto de todas las cosas. Como en el Job, Dios y Satan celebran un consejo, en el cual resuelven tentar á Fausto por cuantos medios estan al alcance del espíritu del mal.

El primer medio que se emplea es el orgullo, Fausto que antes aspiraba á conocer el secreto de las cosas, solo por amor á la ciencia, lo busca ahora para subir hasta la misma divinidad, para igualarse con ella si es posible: la ciencia le engaña, los libros permanecen mudos y cansado de una y de otros, los abandona entregándose á la magia. Mefistófeles, emisario del infierno, le aconseja, y su sabiduría le espanta y atormenta al mismo tiempo.

Unidos ambos, discuten, observan y analizan filosóficamente la sociedad; pero el conocimiento de ella no satisface á Fausto, que quisiera

penetrar mas allá del mundo que le rodea. Creyendo que la imposibilidad que para ello tiene nace de la imperfección de sus órganos, busca un remedio y lo encuentra en el suicidio.

Con inexplicable alegría va á tomar el veneno que le ha de proporcionar el cumplimiento de sus deseos, pero el mundo real le saca de sus sueños, la campana de una iglesia suena y sus atentos oídos creen percibir por los aires tiernos y dulces cantos con que mil coros de ángeles celebran al Salvador; esos cantos rejuvenecen su alma, torna otra vez á la vida y arroja lejos de sí el veneno que la iba á destruir.

Pero bien pronto el poder de Mefistófeles vuelve á su imaginación las sombrías ideas que poco antes la ocupaban; su incredulidad aumenta, desengañado de la ciencia, del mundo y de sus sentidos, tampoco cree en la religión, y haciendo un pacto con Satan, quiere volar á las regiones de la muerte suicidándose al mismo tiempo en el cuerpo y en el alma.

Aun sin embargo, necesita separar su razón de su voluntad, y vemos como lo logra en una fantástica reunión de demonios y hechiceras que consiguen que Fausto apure hasta las heces el cáliz del escepticismo mas cruel. Muerto para la religión y para la ciencia, muere también para el mundo, y su cadáver nos demuestra el adelanto que la razón humana ha hecho en el orgullo. Sábia y elocuente lección. Fausto nos enseña como el género humano no siendo nada y creyendo que lo es todo, quiere llenar con su razón los inmensos vacíos que aparecen en la ciencia, y hastiado de correr tras lo absoluto, irritado su saber y humillado su amor propio, se entrega al escepticismo como Dido á las llamas para buscar un remedio á sus dolores.

La vida del género humano está sublimemente dibujada en estos cuatro grandes cuadros, Job que duda y se arrepiente, Prometeo que aunque cree, lucha sin dejarse someter, Hamlet que ni aun discute y Fausto que se diviniza.

RICARDO DE ALZUGARAY.

ODA

SOBRE LA GUERRA DE ORIENTE,

por

D. Francisco Vila y Golri.

La juventud española no ha muerto como pretenden sus detractores. De tiempo en tiem-

po se levanta á protestar con arrogante voz y noble brio contra la abyeccion, en que se la supone, y su robusto acento hace presentir al corazon ansioso de esperanza, dias mas felices y serenos para esta nuestra desgraciada patria. Hoy se dice de la juventud. Su inteligencia es apagada antorcha, su corazon vacio sepulcro, las alas de sus aspiraciones apenas aciertan á sacudir el polvo de la tierra: el dia en que Dios la llamase á luchar, pelearia sin fé y moriria sin esperanza; de suerte que no logrará llenar con el eco de su renombre las páginas de la historia, ni ceñir á sus sienes el laurel de la inmortalidad. La oda del señor Vila y Goiri, es elocuente respuesta á tan injustos cargos.

Inspirada esta produccion por ardiente amor á la libertad, encierra y compendia las aspiraciones de toda una generacion. Sencilla en su forma, profunda en su fondo, es delirante como el entusiasmo; pero luminosa como la fé. Es un canto lirico que acude á pedir inspiraciones á la razon; de modo que parece dictada por la inflexible lógica del arte. Los poetas superficiales creen que abandonándose á su desvariada imaginacion, logran tocar con la frente al cielo, demostrando de esta suerte que ignoran el siglo en que viven, y no conocen á la generacion que los escucha. Hoy no queremos oír tan solo las armonias que la espontaneidad del poeta sabe arrancar á una bien templada lira, no, hoy queremos que el poeta, recogiendo en su mente las ideas que vagan perdidas en todas las inteligencias, les preste luz, y las transfigure y embellezca en el cielo de su espíritu. La razon busca en el artista un intérprete. Nunca el destino del arte fué mas grande, ni nunca mas merecido el óbolo de gloria que el poeta pide para sus versos. Hé ahí pues, el mérito de la oda que analizamos. Reflejo luminoso de la idea, que se cierne sobre la Europa occidental, ha sabido interpretar el sentimiento que nos conmueve, y el deseo que nos atormenta.

Desde que la inteligencia se emancipó del duro yugo con que la oprimian instituciones de ominosa memoria, nació un fenómeno intelectual, que á primera vista parecia calamitoso por ser estéril; y que ha sido grande por su prodigiosa fecundidad; el fenómeno del juicio individual, suplantando á las fórmulas universales dictadas como leyes por los filósofos. Pero Dios, que saca luz del caos, impelió en su soplo inmortal el espíritu humano, y de todos estos juicios particulares, contradictorios, que amenazaban anegar al mundo con un diluvio de errores, nació la sintesis en artes, y en filosofía. El poeta, pues, nos ha de mostrar en

sus cánticos la idea que colora todos los horizontes.

El Sr. Vila y Goiri, acosado por el profundo desasosiego que siente el alma, cuando vé en el cielo negra nube preñada de desgracias, nos hace sentir el terror que sobrecoge á Europa, amenazada por nuevas legiones de bárbaros, que caminan anhelantes por encadenar su libertad, cuya conquista costó tan cruentos sacrificios. La robustez de sus estrofas recomienda esta oda por lo que respecta á su forma, como el alto pensamiento que la vivifica, hácela apreciabilísima, por lo que respecta á su fondo. Es la protesta de la Europa libre, contra la Europa esclava.

El Occidente no puede consentir que una raza de esclavos, arranque de sus sienes la corona del mundo. ¿Cómo habia de oír sereno los rugidos de la tempestad que se desata en el Polo?

El poeta comprende que planteado el problema en el tiempo, su solucion se halla ya resuelta en la eternidad, y dadas las premisas, la lógica inflexible de la Providencia solo puede sacar la deducion racional. Así su espíritu agitado por la inspiracion, se levanta al principio de vida, donde ván á beber sus resplandores los mundos, su esencia los entendimientos, y por medio de una intuicion suprema se pierde como centella de fuego en la luz increada, que alumbrá los abismos de la creacion.

Tú, Señor, que no dejas que el soberbio
Humille al débil, poderoso escudo
Del desvalido que en tu amor confia,
Tú, Dios de las batallas,
Que cuál límite al piélagó sañudo
Al humano poder marcaste vallas,
Tú, cuyo aliento sepultó en el polvo
Como heridos del rayo
Los dioses de la guerra,
Idolos que adoró muda la tierra,
Inspírame, Señor, tu augusto dedo
Toque mi oscura frente,
Y en ella el númen brillará mas puro
Que el sol al despuntar por el Oriente.
¡Bendita inspiracion!.... tu llama siento
Que desvanece de la mente mia
Las sombras y que infunde
Nueva y vívida luz al pensamiento,
Y á mi turbada voz nueva armonía,
¡Bendita inspiracion! no me abandones,
Presta al pecho vigor ¡oh númen santo!
Que si santo es el fuego en que me enciendes
Santa es la empresa cuya gloria canto.

Después de invocar á la Providencia, presenta en el campo de batalla al inmortal guerrero llamado LIBERTAD, cuya ha de ser la victoria.

¡Libertad! ¡Libertad! Santo es tu imperio.
 Ya el sol murió del ominoso día
 En que estúpida gente aprisionaba
 En calabozo inundo,
 Al géneo escelso que rodar sentia
 Bajo sus pies el Mundo,
 Y el secreto á las sombras arrancaba
 Y con él á la ciencia enriquecia.
 ¿Qué importa, ¡oh libertad! que las cadenas
 Aprisionen tus manos?
 Ni eternos pueden ser tus tristes penas,
 Ni eternos los tiranos.
 ¿Qué insensato mortal pretenderia
 Parar del Ebro las corrientes aguas?
 Sus vanos sueños y su cuerpo helado
 Presto su hirviente seno tragaria,
 Y Ebro en tanto siguiendo su camino,
 Bramando entre sus lindes seculares,
 Cual triunfante adalid su entrada hiciera
 Con régia pompa en los inmensos mares.
 ¡Libertad! ¡Libertad! hija querida
 Del estrellado cielo,
 En las alas del tiempo conducida,
 ¿Quién parará tu prepotente vuelo?

No desmaye el señor Vila en su carrera.
 Si estudia nuestros grandes modelos, si la
 fé no le abandona en medio de las tem-
 pestades que arrancan sus ilusiones á la ima-
 ginacion, y cortan sus álas al entendimiento;
 si logra arrostrar con ánimo fuerte y co-
 razon valiente, las desgracias á que está
 condenado el talento en estos tristes tiem-
 pos que alcanzamos; si pone sus ojos en
 lo absoluto, y su esperanza en lo porvenir,
 logrará el renombre de poeta.

EMILIO CASTELAR.

Estudios sobre Literatura.

II.

La grande y gloriosa época de la literatu-
 ra francesa en el siglo XIX, fué de corta exis-
 tencia. Una nueva via descubierta por Chateau-
 briand ha sido gloriosamente utilizada por sus
 sucesores. De juveniles años y ardiente imagi-
 nacion, encontraron bajo favorables auspicios
 y con felicidad creaciones originales.

Mas la nueva escuela que acababan de fun-
 dar, sucumbió por sus propios escesos. Su
 objeto en vez de ser lo nuevo y lo verdadero,
 fué el espíritu reinante de la presente época;

Novedad, tal era el emblema de su bandera:
 emblema que fué preciso y actualmente neces-
 sario por dó quiera. Pero esta necesidad de
 buscar novedad, llegó á la exageracion de
 producir las obras mas inmorales y antisocia-
 les; tanto, que no se conoció sino hasta muy
 tarde, que esta literatura amenazaba de muer-
 te á la sociedad, que con tales ideas estaba
 próxima á perecer en una tormenta revolu-
 cionaria.

El mal se hizo aparente á fines de 1829,
 y á principios de 1830. El se manifestó en un
 principio en los dramas que se representaron
 en medio de las luchas y gritos de un públi-
 co espectador, dividido en dos fracciones.
 Despues se introdujo en todos los géneros
 de literatura. La historia fué la glorificacion de
 los hechos cumplidos y de la fatalidad, que-
 riéndose acomodar á pretendidas necesidades
 políticas, la ley moral que todo hombre debe
 llevar escrita en el fondo de su conciencia. La
 poesia se hizo materialista, la novela deificó
 las pasiones humanas y la filosofía de negacion
 en negacion, llegó hasta el atheismo.

Este amor de novedad, este espíritu román-
 tico, tuvo tan gran fuerza que penetró hasta
 en la misma Iglesia. Un diario religioso y al-
 gunos libros de piedad confundieron el espíri-
 tu religioso con el de la fé, alarmando con ra-
 zon á los Católicos de Francia. La Iglesia ad-
 mirablemente sostenida y disciplinada, se reti-
 ró aceleradamente del peligro á que estaba es-
 puesta, elevándose en su derredor otra tanto
 mas temible, cuanto que ocultaba bajo las for-
 mas mas seductoras, ideas antisociales.

Este es el estado que nos presenta la nacion
 francesa, en época no muy lejana de la nuestra.

JUAN LOPEZ SERRANO.

POESIA.

Á UNA GOLONDRINA.

¿Dó vas viajera enlutada
 Entre las olas del viento
 Lanzando triste lamento
 Tu pobre nido al dejar?
 ¿Por qué inconstante abandonas
 Los sitios donde ligera
 En la fresca primavera
 Te placias en volar?

Huye sí, porque del cierzo
 Suena el áspero bramido
 Y el crudo invierno aterido
 Sus alas desplega ya,
 Y cual marchita su aliento
 Las hojas de la espesura,
 De tu vida el alba pura
 Sin piedad anablará.

Vé donde siempre acaricie
 De la brisa el blando arrullo,
 A la flor en su capullo
 Con apacible rumor;
 Donde fresca, embalsamada,
 Susurre en la noche umbria,
 Llevando en grata armonía
 Los suspiros de tu amor.

Tambien el alma cansada
 En el mundo peregrina
 Vá como tú, golondrina,
 Nuevos mundos á buscar.
 Cuando al final de la vida
 Entre amargos desengaños,
 Frio el soplo de los años
 Llega la frente á arrugar.

ANTONIO SACRISTAN Y MARTINEZ.

LA VIDA.

PROLOGO.

La leyenda, que sin consentimiento de su autor, me atrevo á encabezar con un desaliñado y pobre prólogo, es una de esas flores nacidas en imaginaciones vírgenes, animadas por el soplo del amor divino, cuyo aroma se pierde en lo infinito, como los místicos ensueños del filósofo. Sus personajes que son símbolo de ideas trascendentales, se mecen en las sublimes regiones del pensamiento, como las almas enamoradas, que al caer la tarde, vuelan á Dios en alas de las primeras estrellas que aparecen en el inmenso desierto de los cielos.

Envueltas en los rayos de una imaginación meridional, lucen en la *Vida* las profundas ideas de los pueblos del Norte. La lucha eterna empeñada entre el mundo relativo y el espíritu del hombre que en-

cierra en su santuario lo absoluto, el dolor que martiriza al artista, cuando la fatalidad le obliga á profanar su idea, sepultándola en la tumba de las formas, están presentados en esta hermosa leyenda con tan dulce encanto, que al leer sus páginas, nos desasimos de la vida material y alcanzamos á vislumbrar los círculos de luz que forman las meditaciones del poeta.

Cuando su autor escribía esta hermosísima leyenda, apenas contaba diez y seis años. Yo para él era el mundo de sus lectores, y él era para mí el cielo de mis poetas. Hoy, temo que salga á luz; porque la crítica que todo lo profana, intenta negar á los jóvenes la facultad de espresar sus pensamientos. Además, según las ideas que mas señalado favor alcanzan, esta leyenda debe ser reprobada por inverosímil; pues no imita ramera á la sociedad, y tiene la audacia de querer reflejar lo absoluto en sus ideas; sin sujetarse á las leyes del buen gusto, que han promulgado los aristarcos de nuestra literatura, cuyos semanales sermones recomendamos á todos los que no puedan conciliar el sueño.

Tiene otro defecto capital. No se remonta al cielo para dar con sus lectores después en el lodazal de la tierra. No tiene *esprit*, no; su autor que es una de las mas bellas esperanzas de la juventud; se consagra á rendir culto á los principios, sin parar mientes en los hombres. Pasemos á otra cosa, que no lastime el corazón.

En estos tiempos, en que la naturaleza es como esclava del hombre, la literatura debe tender al mas puro espiritualismo. De otra suerte la industria será el poema de las naciones. El mundo desaparece bajo los golpes de la inteligencia. La humanidad, que ha vencido al espacio, anhela por ascender á lo infinito. El poeta debe colmar el deseo de su corazón. Si persiste en tomar por tipo lo relativo, morirá aplastado por el materialismo. Sobre esta tierra, perdida en el vacío, hay un cielo que adivina el alma en sus delirios. El arte, solo el arte puede dar á nuestra mente alas para volar á la inmensidad, y luz para estasiarse en la idea, que guardan como serafines los mundos, tras el azul velo del firmamento.

Somos peregrinos en esta triste mansion

y no tenemos árboles que nos presten sombra ni arroyos que apaguen nuestra sed de amor. Con los ojos fijos en las riberas de nuestra patria celestial, suspiramos en vano, buscando el ángel de la muerte para que nos arranque de los brazos del tiempo. El suspiro del aura nos parece el primer aliento de nuestra patria, y cada día al sepultarse el sol, esperamos que amanezca la aurora de la gloria. Este amor por la eternidad, que sienten todos los corazones, escrito por Dios en la frente de un hombre privilegiado, que pasa como una ráfaga de luz inmortal sobre el mundo, se llama arte.

Hé aquí el mérito de *La Vida*. Después de prestarnos lágrimas para llorar nuestro destierro, nos hará ver el destino del inmortal espíritu del hombre.

Esa leyenda es una meditación en que se cruzan todos los mundos que ha creado el humano pensamiento. Por ella se vé que el sujeto, sin salir fuera de su conciencia, encuentra en sí por revelaciones de su propio ser todas las ideas que son objeto del arte.

Acabará, pidiendo perdón al autor por haber profanado su bellísima obra con mis desaliñadas palabras. Mi corazón ama tanto la espléndida luz de su inteligencia, que aprovecha esta circunstancia para manifestar su admiración.

Al que se atreva á decir que lo porvenir está vacío, le enseñaremos *La Vida*, para que entrevea cuanta luz encierra lo porvenir.

EMILIO CASTELAR.

LA VIDA. ⁽¹⁾

INTRODUCCION.

LA VIDA EN LA FAMILIA.

I.

El objeto de todas las conversaciones de la alta sociedad Granadina, era en el verano de 184... la soledad y el misterio que hacia algunos

meses rodeaba á Enrique de... Los comentarios eran inmensos y las bellas granadinas guardaban su mas lisongero cariño para el mortal que adivinase la causa de tamaño recogimiento. La hermosa Rosalia, tan envidiada porque el corazón de Enrique era suyo, suspiraba y vertía copioso llanto al leer por centésima vez.

Rosalía: Un sentimiento, nacido de profundas convicciones se apodera de mi alma. Desde el momento en que tú no llenas mi corazón, soy indigno de tu cariño.

Enrique.»

Y trascurrían los meses, y continuaban los comentarios. Sostenían sus amigos que un hastío profundo, que la naturaleza con sus galas y flores no era bastante á desvanecer, corroía su seno; pero los mas unidos á él con estrechos vínculos, recordaban su carácter religioso, sus aspiraciones ascéticas y la pureza de sus costumbres, destruyendo con estos recuerdos las sugerencias de los que anhelaban rodear á Enrique de las sombrías tintas de los héroes de Lord Byron.

II.

Si el día 20 de setiembre de 184... y á las cinco de su tarde hubierais estado en Granada, calle de... en la antigua y solariega casa de Alvarado, hubierais oído la conversacion de un padre con su hija, que literalmente transcribo.

—Es necesario, Elena, que hables á tu hermano, esta situación se prolonga y es imposible soportarla. Tu madre cree sorprender en las vagas miradas de Enrique un odio reconcentrado, tu lloras y gimes, mientras él retirado en su habitación cuenta las horas de nuestra agonía.

—Esta noche le hablaré.

—Dile que su obstinado silencio da margen al sinnúmero de cuentos, y se escudriña con encarnizamiento lo pasado, creyendo encontrar en cada página de nuestra vida el secreto de esa melancolía que consume á Enrique, y...

—Basta, papá yo le hablaré, y mis ruegos y mis lágrimas desterrarán del corazón de Enrique ese tormento que le consume.

Un criado interrumpió esta conversacion anunciando la señorita de Mendoza.

—Amiga mía, exclamó Rosalia estrechando entre sus brazos.—Rosalia.—Sr. D. Felix.

—Adios, hija mía, exclamó el anciano militar besando la frente de la hermosa Rosalia de Mendoza.

—Tu mamá?

—Como todos, Rosalia, agonizando.

—Por piedad, padre mio.

(1) Esta leyenda alternará con Lucero del Mar.

—Os dejo, hijas mías, exclamó D. Félix, voy á consolar á vuestra madre.

—Id, padre mio.—Y las dos jóvenes acompañaron hasta la puerta de la estancia al buen anciano, que sollozaba abrumado con el peso de un infortunio tan doloroso para los que ven brillar su vida en la frente de sus hijos.

—Y tu hermano, exclamó con viveza Rosalía cuando los pasos dejaron de oírse en el corredor.

—Lo mismo: hoy me ha dicho que vaya á hablarle; pero temo no abra, como sucede hace dos meses, y cuando fui á rogarle asistiera á la mesa en obsequio de mamá, cuyo natalicio festejábamos: día fatal, pues desde entonces comenzó la enfermedad que la mata y nos desconsuela á todos.

—No llores, Elena, ¿quiéres que llamemos las dos? Si no contesta vuelves tú sola esta noche.

—Sí, vamos, así podré ir dos veces.

Y las dos jóvenes cruzaron el jardín que separaba el pabellón habitado por Enrique, del resto del edificio.

LA VIDA.

CUENTO Ó HISTORIA.

I.

La estancia que servía de refugio á Enrique era un salón octógono cuyas paredes pintadas al fresco por docto pincel, eran el trasunto de uno de esos sistemas teológicos, que en los siglos medios resonaban en el púlpito y en la cátedra, bajo las bóvedas de la catedral de Toledo y en las aulas de la Sorbona de París. El techo figuraba un cielo en el que las medias tintas de púrpura y cobalto, envolvían los goces de los bienaventurados y de cuyo seno débilmente se destacaban las áreas formas de arcángeles y serafines, cuyo conjunto era el foco de luz de donde partían los rayos que iluminaban las cabezas de los ancianos del apocalipsis que reunidos en torno de la mansión que alberga lo eterno, recuerdan sus cabezas el pincel de Velazquez y el fantástico dibujo de Rivera. La figura del Eterno era un vivísimo rayo de luz, en cuyo centro ligeros toques de color más claro, dejaban vislumbrar una forma de sor-

prendente belleza, cuya representación no era posible distinguir por la estrema vaguedad del dibujo y delicadas gradaciones del colorido. La luz del centro iba estendiéndose por los ángulos del salón, prestando fuerza y vigor al dibujo y los contornos se destacaban con claridad de ese fondo peculiar de la escuela sevillana. Las cabezas de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y los místicos escritores de nuestra patria, eran las que colocada en el segundo cuerpo de cuadro tan gigantesco, recibían con mayor fuerza la luz que irradiaban las figuras de los ángeles. La luz difundida por el foco situado en el centro y que envolvía la idea de Dios, después de iluminar el cortejo de espíritus celestes, se perdía en estas santas figuras, y un pálido reflejo emanaba de sus frentes, prestando vida á las cabezas de los héroes de nuestra nacionalidad los cides Fernán González y Fernández de Córdoba, bajo cuyos pies gemían los troncos yertos de los árabes, animados aun por el espíritu de venganza representado por figuras satánicas, que bañadas por tintas rojizas y oscuras, formaban la base del cuadro que se extendía por todos los héroes del salón. Aquel era un mundo de espíritus que vagaba en torno de Enrique, animados con el último destello del genio de Murillo y de Velazquez, que se extinguía en sus discípulos imitadores que pintaron aquel fresco.

En medio del salón una mesa cargada de pergaminos y tomos, lujosamente encuadrados, de todas formas y tamaños, mostraban que el habitante de aquel místico encierro presidido por Dios, buscaba el polvo de la ciencia en los códices de las edades pasadas y en los satinados pliegos que guardan la moderna sabiduría. En el resto del salón innumerables libros abiertos y estendidos por el suelo y encima de los sillones de cuero dorado que decoraban aquella estancia, iban narrando la historia de los diferentes problemas que agitaron la mente del solitario.

Un joven de 22 años, de pálida y ancha frente, ojos negros que reflejaban el brillo del sol oriental y cuya mano delicada como la de una mujer, sostenida su cabeza de blonda cabellera, inclinada sobre un libro, murmuraba lentamente.

—Sí, es una emanación y es mía, mia, con qué derecho?... ninguno, es necesario sujetarse á la verdad y por más que la lucha desgare el alma... pero la verdad nunca oprime!

Dos golpes resonaron en la silenciosa estancia. Enrique interrumpió su meditación y dirigiendo una mirada á la bóveda, fijó con avidez sus ojos en la divinidad que el genio envolvía con rayos de luz. Pocos momentos después

su graciosa figura iluminada por los últimos reflejos del sol de mediodía, se aparecía á los atónitos ojos de su hermana.

—¿Qué me queréis?

—Hermano mio, queria hablarte....

—Entrad.

Las dos amigas con los ojos bañados en lágrimas siguieron á Enrique, que apoyando una mano en su mesa de estudio dijo á su hermana.

—Habla.

—Enrique no sé que decirte. Tu nos amabas á todos y no nos amas. Tu derramabas la felicidad en el seno de nuestra familia, y hoy te complaces en el tormento que nos causa ese odio que vive en tus palabras y en tus acciones. ¿Qué te hemos hecho? No te amamos como tu debe ser amado, porque nuestro corazon no tiene mas cariño. ¡Hermano mio, mi Enrique, ven! Mamá muere y tu la matas, ven, devolverás la vida á su seno que se estingue dia por dia, hora por hora.

Mientras Rosalia contemplaba la faz de Enrique, cuyas miradas vagaban en torno de su estancia, embuida al parecer en la consideracion de las figuras pintadas en los lienzos, y su corazon ardia en deseos de arrojar á la frente de su amante los juramentos de otros dias, pero conoció lo inútil de tales recursos cuando ya no existe la mágica cadena que les da origen y les presta vida y calor. Un pensamiento audaz como su imaginacion oriental cruzó por su ser estremeciéndola de espanto y alegría, y una lágrima de fuego fué signo de que aquella alma ardiente aceptaba la resolucion que despertó en su seno la figura de Enrique, rodeada de aquellos hijos del mundo, que á despecho del tiempo vivian en el cielo animados por el hálito de Dios, y en la tierra por el poderoso genio.

—Qué contestas á tú hermana?

—Elena, no acierto á esplicar tu súplica, y es atea... Dios nos dió corazon para que vivamos en él, nos dió inteligencia, y no debemos dar en manera alguna lo que nos dió. Los lazos que nos arrebatan su don, deben desaparecer, porque son inícuos. Yo amo á mis padres por el átomo de su vida que germina en mi seno, y te amo, porque este átomo es igual al espíritu que te anima, hermana mia; en cuanto á los demas lazos, continuó Enrique fijando su mirada en Rosalia, miralos rotos porque son sacrilegos. Ahora dejadme y no me importuneis.

Rosalia dirigió una sonrisa de desprecio á Enrique. Su amor trocado por los acentos de su amante, habia ascendido á su inteligencia, uniéndose allí con los tipos eternas que vagan en nuestra mente.

—Adios, hermano mio, exclamó Elena besando con efusion las manos de Enrique, ojalá que el infortunio de tu familia no caiga sobre tu corazon disecado por el egoismo.

Y las dos amigas atravesaron el jardin para ir á depositar su dolor en el corazon de sus padres.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS.

A nuestros suscritores.

Habiéndose comprendido cual es el objeto primordial de nuestro periódico, son muchos los trabajos que hemos recibido para su insercion en el PENSAMIENTO. No pudiendo, pues, cumplir con todos á la vez, como serian nuestros deseos, irán viendo la luz pública con arreglo al orden en que los hemos recibido:

Este periódico sale los dias 7, 15, 23 y 30 de cada mes, constando por ahora, de ocho páginas.

Cada semestre formará un tomo, y con el número que concluya se dará la correspondiente portada, tabla de materias por orden alfabético y cubierta de tomo para que se pueda encuadernar.

La redaccion admite toda clase de remitidos, siempre que guarden conformidad con las ideas sustentadas por *El Pensamiento*, insertándolos bajo el epigrafe de *remitidos* sino acepta sus principios. Aquellos cuya tendencia personal y mordáz se oponga á su insercion, se devolverán á sus autores indicando las causas.

El precio de suscripcion 4 rs. al mes y 10 por trimestre: en provincias 5 rs. al mes y 12 los tres meses.

Se suscribe en Madrid en la librería de Lopez, calle del Carmen, número 29. En provincias en las principales librerías ó remitiendo su importe directamente en sellos de 6 cuartos ó en libranza fácil de cobrar, en carta franca, con sobre al Director del periódico EL PENSAMIENTO, calle del Carmen, núm. 29, librería de Lopez, Madrid; donde se recibe toda clase de reclamaciones.

IMPRENTA DE J. ANTONIO ORTIGOSA.
Calle de María Cristina, núm. 4.